

SECRETOS DE LA CASA RANDI

FRANCISCO LEÓN

La leyenda de la Casa Randi es la imagen de una cascada cuya corriente vuelve suspendida sobre sí misma hacia el glacial del principio. Cristalizada en hielo, allí está la leyenda del joven rubio rey y de su hermosa reina rubia.

*

Como en los jardines botánicos de las viejas mansiones, la vegetación aquí prolifera con la rara soberbia de los náufragos. Pinchos, escamas, verrugones. La resistencia se arma de púas. Pasamos y las hojas nos miran de reojo. El drago nos ignora imperturbable. La palmera echa una siesta. El cactus ciclópeo nos aplastaría de un zapatazo.

*

Una gran ola de luz cegadora se abre sobre el nevero, en las regiones hiperbóreas del silencio. El alpinista es convocado al interior de la luz, al interior del tiempo.

*

No está en la casa de verano el demiurgo. Si estuviera parecería un caballo rozagante después de una ducha, estirado en el sofá, fumando en su pipa, que se hace diminuta entre las manos acostumbradas a doblegar hierros y piedras, acostumbradas a fundir piedra con hierro en los relámpagos que anuncian el Valhala.

*

Tras la ventana, la aterradora sábila polípodo agitando el molino de sus brazos ondulantes y cuajados de agujas. Parece que llevara en el jardín cientos de años, como un cancerbero leproso custodiando las puertas del recuerdo.

*

Cuando en la gélida Noruega un desconocido roce con los dedos las celebradas esculturas de Arnold Haukeland, en el jardín de la Casa Randi, en el sur absoluto de las Islas, en las «zonas ultrasensibles de la tierra», como dijo Bretón, un mirlo habrá traído a su nido un diamante de sol.

*

La centauro —robustas piernas de mujer y cuerpo de yegua—, la centauro desnuda, sola como la nieve blanca, ¿a quién aguarda en esta casa ya vacía?

*

Ganchos negros que son púas, púas que son gabatos, garabatos de alambre que son hierros retorcidos, hierros retorcidos que son reptiles carbonizados, reptiles que son pajarracos, pajarracos infaustos que son alas, alas como olas, olas como horas.

*

No la flor azul de los poetas para este pórtico, sino la rosa. La rosa roja, de hierro, la férrea rosa de cien pétalos, la rosa filosofal, la subterránea rosa de la roca, la poderosa flor de hierro en la veta de sangre, la forjada flor en la fragua de Hefestos. La antirrosal, la antilira, el anticanto del herrero. La verdadera flor de fuego.

*

El ramo de adormideras resacas y la calabaza de agua vacía. He aquí los pertrechos del iniciado que se apresta al viaje *sub terra*. Los pertrechos simbólicos, los emblemas votivos del joven Hefestos que cruzó un día, desde aquí, al otro lado. No hacia la muerte: hacia la videncia. Dormir para despertar, beber para tener más sed.